

REDEFINICION DE LA IGUALDAD:  
POPULISMO AUTORITARIO Y RESTAURACION CONSERVADORA

MICHAEL W. APPLE (\*)

## INTRODUCCION

Los conceptos no permanecen fijos mucho tiempo. Tienen alas, por así decirlo, y puede hacerseles volar de lugar en lugar. Este contexto es el que define su significado. Tal como nos recuerda Wittgenstein tan atinadamente, hay que buscar el significado del lenguaje en su uso específico contextual. Esto es especialmente importante para la comprensión de los conceptos políticos y educativos, ya que estos forman parte de un contexto social más amplio, que está cambiando constantemente y que está sujeto a graves conflictos ideológicos. La misma educación es un campo de batalla en el que se dirimen esos conflictos ideológicos. Es uno de los principales ámbitos en el que diferentes grupos, con distintas visiones políticas, económicas y culturales, tratan de definir cuáles han de ser los medios y fines socialmente legítimos de la sociedad.

En este artículo pretendemos situar la preocupación por la «igualdad» dentro del marco de estos conflictos más amplios. Situaremos sus significados cambiantes tanto en el marco de la ruptura del consenso, en gran parte de origen liberal, que guió sustancialmente la política educativa y social desde la Segunda Guerra Mundial, como en el marco del crecimiento de la nueva derecha y de los movimientos conservadores durante los dos últimos decenios, que han logrado bastante éxito en la redefinición de los *objetivos* de la educación y en el desplazamiento profundo de la textura ideológica de la sociedad hacia la derecha (Apple, 1986 b; Giroux, 1984). A la vez, deseamos documentar cómo nuevos movimientos sociales consiguen redefinir —con frecuencia, aunque no siempre, por caminos retrógrados— los términos del debate en materias de educación, bienestar social y otros campos del bien común. Fundamentalmente, trataremos de demostrar que es imposible comprender plenamente el destino cambiante del armazón de los conceptos relacionados con la igualdad (igualdad de oportunidades, equidad, etc.), si no se tiene una imagen clara de la dinámica cultural, económica y política, ya desigual, que sirve de centro de gravedad en torno al cual actúa la educación.

Según hemos expuesto con mucha mayor extensión en otros escritos, lo que estamos presenciando hoy es nada menos que el conflicto recurrente entre *dere-*

---

(\*) Universidad de Wisconsin-Madison.

*chos de propiedad y derecho de la persona*, fuente central de tensiones en nuestra economía (Apple, 1982; 1986 a; 1986 b). Gintis (1980) define las diferencias entre derechos de propiedad y derechos de la persona en los términos siguientes:

Un *derecho de propiedad* confiere al individuo el poder de entablar relaciones sociales sobre la base y en la medida de su propiedad. Ese poder puede incluir derechos económicos de uso no restringido, de libertad de contratación y de intercambio voluntario; derechos políticos de participación e influencia, y derechos culturales de acceso a los medios sociales de transmisión de los conocimientos y de reproducción y transformación de la consciencia. Un *derecho de la persona* confiere al individuo el poder de entablar esas relaciones sociales sobre la base de la simple pertenencia a la colectividad social. Así, los derechos de la persona implican el tratamiento igualitario de los ciudadanos, la libertad de expresión y de movimiento, el acceso igual a la participación en la toma de decisiones en las instituciones sociales y la reciprocidad en las relaciones de poder y de autoridad (pág. 193).

No es sorprendente que en nuestra sociedad los grupos dominantes «hayan defendido bastante sistemáticamente las prerrogativas de la propiedad», mientras que los grupos subordinados hayan tratado de hacer progresar «las prerrogativas de las personas» (Gintis, 1980, pág. 194; véase también Bowles y Gintis, 1986). En épocas de perturbaciones graves, estos conflictos se tornan más intensos. Así, dado el equilibrio actual de poder en la sociedad, los defensores de los derechos de propiedad han sido capaces, una vez más, de hacer progresar sus aspiraciones a la restauración y expansión de sus prerrogativas no sólo en la educación, sino en todas nuestras instituciones sociales.

La economía de Estados Unidos se halla inmersa en una de las más fuertes crisis estructurales que ha experimentado desde la Depresión. Con el fin de resolverla en condiciones aceptables para los intereses dominantes, es necesario presionar sobre tantos aspectos de la sociedad como sea posible, para que se ajusten a las exigencias de la competencia internacional, de la reindustrialización y (en palabras de la National Commission on Excellence in Education) del «rearme». Ha de ponerse fin a los avances logrados por mujeres y hombres en el empleo, en la salud y la seguridad, en los programas de bienestar, en la acción afirmativa, en los derechos reconocidos y en la educación, ya que «son demasiado caros», tanto económica como ideológicamente.

Las dos últimas palabras son importantes. No sólo son escasos los recursos fiscales (en parte, porque la política actual los transfiere al gasto militar), sino que hay que convencer a la gente de que su idea de que lo primero son los derechos de la persona es simplemente falsa o anticuada, dada la «realidad» presente. Por ello, hay que presionar fuertemente para imponer leyes, criterios persuasivos, normas administrativas y maniobras ideológicas mediante las cuales se creen las condiciones que los grupos de derecha consideran necesarias para hacer frente a tales exigencias (Apple, 1986 b).

Por este camino, no sólo en Estados Unidos, sino también en Gran Bretaña y Australia, la política no insiste ya tanto en las cuestiones referentes al uso del Estado como en la superación de las desventajas. La igualdad, ya se tenga una concep-

ción limitada o amplia de ella, ha sido definida desde nuevas bases. Y no está vinculada a una opresión y unas desventajas *colectivas*. Lo que importa hoy es garantizar la *elección individual* en condiciones de «libre mercado» (Anderson, 1985, páginas 6-8). Así, la actual insistencia en la «excelencia» (palabra con múltiples significados y usos sociales) ha desplazado el discurso educativo de forma que los malos resultados se atribuyen cada vez más a un fracaso del alumno. El fracaso escolar, que al menos en parte se interpretaba como un fallo de políticas y prácticas educativas gravemente deficientes, se considera hoy resultado de lo que podría denominarse mercado biológico y económico. Así lo pone de manifiesto el desarrollo de formas de pensamiento social darwinista en la educación y en la política pública en general (Bastian, Fruchter, Gittell, Greer y Haskins, 1986, página 14). Análogamente, tras el artificio retórico de la preocupación por los niveles de rendimiento, por ejemplo, en las escuelas urbanas, empiezan a desarrollarse ideas de elección según las cuales algunos viejos problemas escolares se resolverán estableciendo la libre competencia por los alumnos. Se supone que, ampliando el mercado capitalista a las escuelas, compensaremos de alguna manera los decenios de abandono económico y educativo experimentados por las comunidades en las que se ubican estas escuelas (1). Finalmente, hay ataques concertados a los profesores (y a los currículos) basados en una profunda desconfianza con respecto a su calidad y compromiso.

Todo esto ha llevado a un conjunto de conflictos educativos que ha servido para desplazar el debate sobre la educación profundamente hacia la derecha. Los efectos de este desplazamiento pueden verse en ciertas políticas y propuestas educativas que en la actualidad están ganando impulso en todo el país: 1) propuestas de sistemas de «tickets» y de créditos fiscales para que las escuelas se aproximen a la economía idealizada de mercado libre; 2) actuación de las cámaras legislativas y de los Departamentos de Educación de los Estados en favor de una «elevación de los niveles» y de una delegación de las «competencias» y objetivos curriculares básicos, tanto de los profesores como de los alumnos, centralizando así aún más a nivel de Estado el control de la enseñanza y de los currículos; 3) críticas cada día más eficaces a los currículos por su supuesto sesgo contra la familia y la libre empresa, por su «humanismo secular» y por su falta de patriotismo, y 4) crecientes presiones para que las necesidades de la empresa y de la industria constituyan los objetivos primarios del sistema educativo (Apple, 1986 a). Se trata de alteraciones importantes que han tardado años en mostrar sus efectos. Aun cuando aquí vamos a dibujarla sólo a grandes rasgos, quedará clara una imagen de la dinámica social e ideológica que ha dado lugar a esta situación.

## POLÍTICA DE RESTAURACION DEL POPULISMO AUTORITARIO

Lo primero que hay que preguntarse sobre una ideología, no es qué es lo que tiene de falsa, sino lo que tiene de verdadera. ¿Cuáles son sus conexiones con la experiencia viva? Las ideologías, adecuadamente concebidas, no engañan al pue-

---

(1) Deseo agradecer a Walter Secada sus comentarios sobre este punto.

blo. Para ser eficaces, han de conectar con problemas reales, con experiencias reales (Apple, 1979; Larrain, 1983). Según documentaremos más adelante, el abandono de principios sociales democráticos y la aceptación de posiciones más a la derecha en la política social y educativa se producen precisamente porque ciertos grupos conservadores han sido capaces de actuar sobre los sentimientos populares, de reorganizar auténticas convicciones y con ello ganar partidarios.

Los cambios ideológicos importantes no son siempre obra de poderosos grupos que «sustituyan por otra una concepción global del mundo». Con frecuencia, son el fruto de una nueva combinación de elementos antiguos y nuevos (Hall, 1985, página 122). Tomemos como caso extremo las posiciones de la Administración Reagan, pues, según han demostrado en educación Clark y Astuto, y en las más amplias zonas de la política social Piven y Cloward (1982) y Raskin (1986), se han producido alteraciones significativas y duraderas en el modo de aplicación de estas políticas y en su contenido (2).

El éxito de la política de la Administración Reagan, lo mismo que el del *thatcherismo* en Gran Bretaña, no debiera valorarse sólo en términos electorales. Hay que estimarlo en relación con la desarticulación de otros grupos más progresistas y con el desplazamiento de los términos del debate político, económico y cultural hacia el terreno defendido por el capital y la derecha (Hall y Jacques, 1983, página 13). En estas condiciones, no puede haber duda de que el resurgimiento actual de la derecha ha logrado bastante éxito en su intento de crear las condiciones que la sitúen en una posición hegemónica.

La derecha se ha renovado y reformado por completo en Estados Unidos y en Gran Bretaña. Ha desarrollado estrategias que podrían muy bien denominarse *populismo autoritario* (Hall, 1980, páginas 160-161). Según la definición de Hall, esta política se basa en una relación cada vez más estrecha entre el gobierno y la economía capitalista, en una decadencia radical de las instituciones y el poder de la democracia política y en unos intentos de recortar «libertades» ganadas en el pasado. A esto se unen ciertos intentos de crear un consenso generalizado en apoyo de tales acciones (Hall, 1980, página 161). El «populismo autoritario» de la nueva derecha (3) tiene raíces excepcionalmente largas en la historia de Estados Unidos. La cultura política de este país ha sido influida desde siempre por los valores del protestantismo disidente del siglo XVII. Esas raíces son aún más evidentes en períodos de cambio social intenso y de crisis (Omi y Winant, 1986, página 214). En palabras de Burnham (1983):

---

(2) Clark y Astuto (1986) señalan que durante el actual mandato de Reagan han caracterizado su política educativa las siguientes iniciativas: reducción del papel federal en la educación, estímulo de la competencia entre los centros escolares con el fin de «romper el monopolio de la escuela pública», fomento de la competencia individual para conseguir «excelencia», aumento de la utilización de niveles de rendimiento en relación con los alumnos y los profesores, insistencia en los aspectos «básicos» del contenido, reforzamiento del poder de decisión de los padres «sobre qué, dónde y cómo aprenden sus hijos», vigorización de la enseñanza de «valores tradicionales» en las escuelas y ampliación de la política de transferencia de la autoridad educativa a los niveles estatal y local (pág. 8).

(3) Somos conscientes de que existe un debate sobre la idoneidad de esta expresión. Véase Hall (1985) y Jessop, Bonnett, Bromley y Ling (1984).

Siempre que las presiones de la «modernización» —secularidad, urbanización, creciente importancia de la ciencia— han sido anormalmente intensas, se han deslizado en el paisaje social episodios de «revivalismo» y de política cultural. En todos estos casos, al menos desde el final de la Guerra Civil, dichos movimientos han sido más o menos explícitamente reaccionarios, y con frecuencia han estado ligados a otras clases de reacción por vías explícitamente políticas (página 125).

La nueva derecha actúa sobre estas raíces de manera creativa, modernizándolas y creando una nueva síntesis de sus variados elementos mediante su vinculación a determinados miedos actuales. Con ello, la derecha ha podido rearticular los temas tradicionales políticos y culturales y ha movilizad o eficazmente un gran apoyo de las masas.

Según hemos indicado, parte de la estrategia ha consistido en el intento de dismantelar el Estado de bienestar y los beneficios que la masa trabajadora, las personas de color y las mujeres (obviamente, estas categorías no son mutuamente excluyentes) han obtenido en decenios de duro esfuerzo. Todo esto, bajo el disfraz del antiestatalismo, del alivio de la carga del gobierno y de la «libre empresa». Pero al mismo tiempo el gobierno actual es, en muchas áreas valorativas, políticas y económicas, extremadamente «estatalista», tanto en sus aspiraciones como, lo que es muy importante, en su funcionamiento cotidiano (Hall, 1985, página 117).

Uno de los principales objetivos de la política de restauración derechista tiene lugar en varios campos simultáneamente, no sólo en la esfera económica, sino también en la educación y en otros sectores. Este objetivo se funda en la convicción de que el dominio económico ha de ir de la mano del «liderazgo político, moral e intelectual» para que un grupo pueda ser verdaderamente dominante y reestructurar genuinamente una formación social. Así, tal como reconocen claramente tanto el reaganismo como el thatcherismo, para ganar el Estado hay que ganar la sociedad civil (Hall 1985, página 119). Tal como diría el politólogo italiano Antonio Gramsci, lo que estamos viviendo es una guerra de posiciones. «Tiene lugar cuando toda la relación del Estado con la sociedad civil, con «el pueblo» y con las luchas populares, con el individuo y con la vida económica de la sociedad, ha sido reorganizada totalmente, cuando 'todos los elementos cambian'» (Hall 1980, página 166).

Dentro de este proceso de reestructuración, el reaganismo y el thatcherismo no han creado una especie de falsa conciencia ofreciendo visiones escasamente conectadas con la realidad. Más bien, «han actuado directamente sobre las experiencias reales y manifiestamente contradictorias» de una gran porción de la población. Han conectado con las necesidades, miedos y esperanzas percibidos por grupos de personas que se sentían amenazadas por el alcance de problemas asociados con las crisis de las relaciones de autoridad, de la economía y de la política (Hall, 1983).

Se ha conseguido así una traducción afortunada de una doctrina económica al lenguaje de la experiencia, del imperativo moral y del sentido común. Se ha combinado la ética del mercado libre con una política populista. Se ha logrado una

«rica» combinación de temas con una larga historia —nación, familia, deber, autoridad, normas y tradicionalismo— con otros elementos temáticos que también hacen vibrar una sonora cuerda en épocas de crisis. Entre estos últimos temas se incluyen el egoísmo, el individualismo competitivo (lo que en otro lugar hemos denominado el individuo posesivo) (Apple, 1982) y el antiestatalismo. De esta manera se crea parcialmente un sentido común reaccionario (Hall, páginas 29-30).

La esfera de la educación ha sido una de las áreas en las que la derecha ha conseguido mayores progresos. El objetivo democrático-social de ampliación de la igualdad de oportunidades (de suyo, una reforma limitada) ha perdido mucho de su potencial político y de su capacidad de movilización de la gente. El «pánico» ante la baja de los niveles y el analfabetismo, el miedo a la violencia en las escuelas, la preocupación por la destrucción de los valores familiares y de la religiosidad, todo ello ha surtido efecto. Estos miedos los exacerban, y se sirven de ellos, los grupos dominantes en la política y en la economía, que han sido capaces de trasladar el debate sobre la educación (y sobre todos los temas sociales) a su propio terreno, el de la normalización, la productividad y las necesidades industriales (Hall, 1983, páginas 36-37) (4). Estando tan razonablemente preocupados los padres por las perspectivas económicas de sus hijos —en una economía cada día más condicionada por los bajos salarios, el desempleo, la fuga de capitales y la inseguridad (Apple, 1986 b),— el discurso derechista conecta con las experiencias de muchas personas de la clase trabajadora y media baja.

Sin embargo, aun cuando este aparato conceptual e ideológico conservador parece estar ganando rápidamente terreno, queda por responder una de las cuestiones más críticas. ¿Cómo se legitima y acepta esa visión ideológica? ¿Cómo se ha logrado esto? (Jessop, Bonnett, Bromley y Ling, 1984, página 49).

El resurgir de la derecha no es un simple reflejo de la crisis actual, tal como acabamos de describirla y como la describe Hall (1983). Más bien, es una respuesta a esa crisis (Hall, 1983, página 21). A partir de los años inmediatamente siguientes a la Segunda Guerra Mundial, la cultura política de Estados Unidos se caracterizó cada vez más por el poder imperial norteamericano, por la opulencia económica y por el optimismo cultural. Ese período duró más de dos decenios. Social y políticamente, fue una época de lo que se ha denominado *acuerdo social democrático*, en la que el gobierno se convirtió progresivamente en un campo de batalla en el que se debatían las condiciones requeridas para la igualdad de oportunidades. La prosperidad inducida por la abundancia, la ampliación de los derechos y libertades a nuevos grupos y la expansión del sistema de bienestar aportaron las condiciones necesarias para este compromiso, tanto entre el capital y el trabajo como con los grupos históricamente más desposeídos, como los negros y las mujeres. Dicho acuerdo entró en crisis a finales de los años sesenta y principios de los setenta (Hunter, 1987, páginas 1-3).

Allen Hunter (1987) ofrece una excelente explicación de todo ello en su descripción del citado acuerdo.

---

(4) Véase en Hunter (1984) una descripción ilustrativa de cómo han sido manipuladas estas cuestiones por algunos grupos poderosos.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta principios de los años setenta, el capitalismo mundial experimentó el más largo período de crecimiento económico sostenido de toda su historia. En Estados Unidos se articuló una nueva «estructura social de acumulación» —«el entorno institucional específico en el que se organiza el proceso de acumulación capitalista»— en torno a varios aspectos destacados: el objetivo, ampliamente compartido, de crecimiento económico sostenido, el keynesismo, la democracia pluralista elitista, la América imperial empeñada en la guerra fría, el anticomunismo en el interior y en el exterior, la estabilidad o el cambio gradual en las relaciones raciales y una estable vida familiar en una cultura boyante y orientada al consumo. Junto con estos aspectos, cristalizaron un consenso básico y un conjunto de instituciones sociales y políticas que predominó durante dos decenios (página 9).

Este acuerdo hegemónico se sustentaba en el compromiso alcanzado entre el capital y el trabajo, por el cual este último aceptaba lo que podría llamarse «la lógica de rentabilidad y mercado como principios de orientación de la asignación de recursos». A cambio, recibía «un seguro de protección de los niveles mínimos de vida, de los derechos sindicales y de los derechos liberales democráticos» (Bowles, 1982, página 51). Tales derechos democráticos se extendieron a los pobres, las mujeres y las personas de color al ampliar estos grupos su propia lucha para superar las prácticas de discriminación racial y sexual (Hunter, 1987, página 12). Sin embargo, tal ampliación de derechos (limitados) no podía durar, dadas las crisis económicas e ideológicas que pronto acosaron a la sociedad norteamericana y que pusieron en peligro el mismo núcleo del acuerdo social democrático.

Las dislocaciones de los años sesenta y setenta —la lucha por la igualdad racial y sexual, aventuras militares como la de Vietnam, Watergate, la persistencia de la crisis económica— generaron a la vez crisis y miedo. La «cultura convencional» se estremeció de varias formas en sus propias raíces. Conceptos ampliamente compartidos de la familia, la comunidad y la nación se alteraron radicalmente. Por otra parte, no apareció ningún principio de cohesión que fuera lo bastante poderoso para recrear un centro cultural. Al desaparecer aparentemente la estabilidad económica, política y valorativa (y la supremacía militar), también se «balcanizó» la ciudadanía. Aparecieron con mayor claridad movimientos sociales basados en las diferencias: regionales, raciales, sexuales, religiosas (Omi y Winant, 1986, páginas 214-215). Quebró el sentido de lo que Marcus Raskin (1986) han llamado «el bien común».

Las soluciones democrático-sociales tradicionales de carácter «estatalista», que en los campos de la educación, el bienestar, la sanidad y otros similares adoptaron la forma de intentos en gran escala de intervención federal para aumentar las oportunidades o proporcionar un nivel mínimo de ayuda, se consideraron parte del problema, no parte de la solución. Las posiciones conservadoras tradicionales se desecharon con mayor facilidad. Después de todo, la sociedad en la que se basaban estaba modificándose claramente. El centro cultural podía *construirse* (y tenía que serlo mediante una acción política y cultural bien financiada y bien organizada) en torno a los principios de la nueva derecha. Esta se enfrentó al «caos moral, existencial [y económico] de los decenios precedentes» con una red de instituciones notablemente bien organizadas y financieramente seguras que acogen «un es-

tilo político agresivo, un declarado tradicionalismo religioso y cultural y un claro compromiso populista» (Omi y Winant, 1987, páginas 215-216; Hunter, 1984).

En otras palabras, el proyecto aspiraba a construir una «nueva mayoría» que «desmantelase el Estado de bienestar, legislase el retorno a la moralidad tradicional y contuviese la ola de dislocación política y cultural resultante de los años sesenta y setenta». Utilizando una estrategia política populista (ahora en combinación con un poder ejecutivo agresivo), se organizó un asalto al «liberalismo y humanismo secular» y se vinculó dicho asalto a lo que algunos observadores han calificado de «obsesión por la culpa y responsabilidad individuales en relación con las cuestiones sociales (delincuencia, sexo, educación, pobreza)», con fuertes convicciones contrarias a la intervención del gobierno (Omi y Winant, 1986, página 220) (5).

En este aspecto tienen importancia ciertas características específicas de clase, raciales y sexuales. El movimiento para la creación de un consenso cultural conservador se basa en parte en la hostilidad de la clase trabajadora y media baja contra quienes están por encima o por debajo de ellas, y se nutre de un sentido muy real de antagonismo frente a la nueva clase media. Los burócratas y administradores públicos, los educadores, los periodistas, los planificadores, etc., todos ellos comparten la culpa de las dislocaciones sociales experimentadas por esos grupos (Omi y Winant, 1986, página 221) (6). Los temas de la raza, el sexo y la clase se prodigan, punto sobre el que volveremos en el próximo apartado de este análisis.

Por supuesto, este movimiento se ha visto favorecido en los círculos académicos y gubernamentales por un grupo de neoconservadores de orientación política que se han convertido en los intelectuales orgánicos de gran parte del resurgimiento derechista. Estas corrientes asientan su obra en una sociedad basada en el individualismo, en las oportunidades ofrecidas por el mercado y en la reducción radical de la intervención y de la ayuda del Estado (Omi y Winant, 1986, página 227). Son la contrapartida de la nueva derecha y a su vez forman parte de la alianza, inestable por naturaleza, que se ha formado.

## CONSTRUCCION DEL NUEVO ACUERDO

Casi todos los movimientos sociales reformistas—incluidos el feminista, el gay, el lesbiano, el estudiantil y otros de los años sesenta—se sirvieron de la lucha de los negros «como un hecho organizativo central o una metáfora e inspiración política» (Omi y Winant, 1986, página 164). Infundieron nuevos significados sociales a la política, la economía y la cultura. No concebían estos ámbitos como esferas separadas. Los tres coexisten. Un nuevo sentido social de la importancia de los dere-

---

(5) Véase una exposición más completa de cómo ha afectado este aspecto concretamente a la política educativa en Clark y Astuto (1986) y Apple (1986 b).

(6) Sin embargo, en otros escritos hemos afirmado que algunos miembros de la nueva clase media—concretamente, expertos en eficiencia, evaluadores, comprobadores y muchos de los expertos en materias técnicas y gestión—formarán parte de la alianza con la nueva derecha. Esto se debe simplemente a que de ella dependen sus puestos de trabajo y su movilidad. Véase Apple (1986 b).

chos de la persona impregnó la identidad individual, la familia y la comunidad, y penetró en las instituciones públicas y en las relaciones de mercado. Los movimientos sociales citados ampliaron las preocupaciones de la política a todos los aspectos «de la vida cotidiana». Los derechos de la persona reforzaron su importancia en casi todas las instituciones, tal como se puso de manifiesto en programas afirmativos de acción, en programas activistas de bienestar y educación generalizados, etc. (Omi y Winant, 1986, página 164; véase también Bowles y Gintis, 1986) (7). En la educación, todo esto se manifestó en el auge de los programas bilingües y en el desarrollo, en las high schools y los colleges, de los temas relativos a la mujer, a los negros, a los hispanos y a los aborígenes americanos.

Varias razones explican que el Estado fuera el objetivo principal de estos movimientos sociales en su lucha por los derechos de la persona. En primer lugar, el Estado era el «factor de cohesión de la sociedad» y había mantenido y organizado a lo largo de la historia prácticas y políticas que acogían la tensión entre derechos de propiedad y derechos de la persona (Apple, 1982; 1986 a; 1986 b;). En su condición de factor de cohesión, era lógico centrar en él la atención. En segundo lugar, «el Estado estaba imbuido por los mismos antagonismos que a su vez eran resultado de ciclos pasados de lucha [social]». Por esto podían lograrse oportunidades en el Estado. Podían profundizarse las «cabezas de puente» en instituciones públicas dedicadas a la educación y los servicios sociales (Omi y Winant, 1986, páginas 177-178).

No obstante, a pesar de esos avances, comenzaron a desintegrarse las primitivas coaliciones. En las comunidades minoritarias se profundizó la polarización de clases. La mayoría de los residentes en los «barrios» y guetos seguía encerrada en la pobreza, «mientras que una porción relativamente pequeña de la población negra y morena pudo aprovecharse de las oportunidades educativas y nuevos puestos de trabajo» (estos, principalmente en la administración pública) (Omi y Winant, 1986, páginas 177-178). Al aparecer la crisis económica, se desarrolló algo parecido a un juego de suma nula en el que los movimientos sociales progresistas hubieron de luchar por una escasa participación en los recursos y en el poder. Entre los grupos se desarrollaron relaciones más bien antagonicas que complementarias. Así, por ejemplo, los grupos minoritarios y el movimiento feminista, en gran parte formado por personas de raza blanca y clase media, tropezaron con dificultades para integrar sus programas, objetivos y estrategias.

La situación se exacerbó cuando, dada la construcción de un juego de suma nula por parte de los grupos dominantes, se comprobó que los avances logrados por las mujeres a veces lo eran a expensas de los negros y morenos. Además, los líderes de muchos de estos movimientos fueron absorbidos por programas patrocinados por el Estado, lo cual —aun cuando la adopción de tales programas representase en parte una victoria— tuvo el efecto latente de separar a los líderes de su electorado de base y de reducir la militancia de éste. Se produjo así con frecuencia una «guetización» de los movimientos dentro de las instituciones públicas, en la medi-

---

(7) La exposición por Bowles y Gintis (1986) de la «transportabilidad» de las luchas por los derechos de la persona, por ejemplo, de la política a la economía es muy útil en este contexto. Hemos ampliado y criticado algunas de sus afirmaciones en Apple (1988).

da en que las exigencias de aquéllos eran adoptadas parcialmente en sus formas más moderadas en el marco de programas patrocinados por el Estado. La militancia se transformó en electorado (Omi y Winant, 1986, página 180).

Las divisiones dentro de esos movimientos se debieron también a desacuerdos estratégicos, que, paradójicamente, fueron resultado del propio éxito de los movimientos. Así, por ejemplo, las mujeres que aspiraban a trabajar en los canales políticos/económicos existentes *podían* marcarse como objetivo el progreso en el empleo dentro del Estado y en la esfera económica. Otros miembros, más radicales, entendían que este «progreso» era «insuficiente y tardío».

En ningún otro campo se advierte esto tan claramente como en el movimiento negro. Vale la pena reproducir en su totalidad uno de los análisis mejores de la historia de tales discordias.

Los límites de los movimientos se debieron también a las discordias estratégicas que les sobrevinieron a consecuencia de su propio éxito. Puede servir de ejemplo el destino del movimiento negro. Solamente en el Sur, en lucha contra una estructura política anticuada y contra la opresión cultural, pudo el movimiento negro mantener una unidad descentrada, aun en momentos de ardoroso debate. En cuanto se trasladó al Norte, comenzó a dividirse, ya que diferentes proyectos políticos rivales, vinculados a diferentes segmentos de la comunidad, buscaban, bien sea la integración en la forma tradicional de vida (reformada), bien sea una transformación más radical del orden social dominante.

Después de lograr victorias iniciales contra la segregación, uno de los sectores del movimiento se reconfiguró como grupo de intereses, buscando el fin del racismo entendido como discriminación y perjuicio y volviendo la espalda a la «política de identidad» de la oposición. Pero, una vez que el movimiento negro organizado se convirtió en simple electorado, se encontró entre los brazos de hierro de las instituciones públicas cuyos programas había exigido, a la vez que aislado de las instituciones básicas del Estado moderno (Omi y Winant, 1986, página 190).

En el proceso, los sectores más radicales del movimiento fueron marginados o, lo que no debe olvidarse, simplemente reprimidos por el Estado (Omi y Winant, 1986, página 190).

Aunque supuso avances importantes, la integración de los movimientos en el Estado creó ciertas condiciones que fueron desastrosas para la lucha por la igualdad. El movimiento de masas basado en la militancia de las bases perdió su impulso y se convirtió en simple electorado, dependiente del Estado. *Y, lo que es más importante, cuando los movimientos neoconservador y derechista evolucionaron con sus tesis decididamente antiestatalistas, los avances logrados en el Estado fueron progresivamente objeto de ataques y se debilitó considerablemente la capacidad para recrear un movimiento de base en gran escala* (Omi y Winant, 1986, página 190). Así, cuando se producían ataques de la derecha a la política y la práctica nacional y local más progresistas que habían beneficiado a personas de color, resultaba cada vez más difícil desarrollar coaliciones de base amplia que contrarrestasen tales ofensivas.

Al no conseguir la consolidación de una nueva política democrática «radical», dotada de aspiraciones mayoritarias los nuevos movimientos sociales de los años sesenta y setenta «proporcionaron el espacio político en el que la reacción de la derecha podía incubarse y desarrollar su agenda política» (Omi y Winant, 1986, página 252). Así pues, las reformas públicas logradas, por ejemplo, por los movimientos de las minorías en los años sesenta en Estados Unidos y las nuevas definiciones de los derechos de la persona incorporadas a tales reformas «proporcionaron una formidable gama de objetivos a los ‘contrarreformadores’ de los años setenta». Los neoconservadores y la nueva derecha llevaron a cabo su propio «proyecto» político. Fueron capaces de rearticular tesis ideológicas particulares y de reestructurarlas en torno a un movimiento político una vez más (Omi y Winant, 1986, página 155). Y esas tesis *se vincularon* a los sueños, esperanzas y temores de muchas personas.

Examinemos este punto con mayor detalle. En la restauración conservadora subyace un claro sentimiento de pérdida: pérdida de control, de la seguridad económica y personal, de los conocimientos y valores que debieran traspasarse a los hijos, de la concepción de los textos sagrados y de la autoridad. La oposición binaria nosotros/ellos refuerza su importancia. «Nosotros» somos cumplidores de la ley, «trabajadores incansables, decentes, virtuosos y homogéneos». «Ellos» son muy diferentes. Son «perezosos, inmorales, permisivos, heterogéneos» (Hunter, 1987, pág. 23). Estas oposiciones binarias distancian a la mayor parte de las personas de color, las mujeres, los gays, etc., de la comunidad de personas valiosas. La discriminación no se dirige ya contra los grupos que han estado oprimidos históricamente, sino contra los «americanos reales» que incorporan las virtudes idealizadas de un pasado visto románticamente. «Ellos» son indignos. Reciben algo a cambio de nada. Las medidas que no amparan están «minando nuestra forma de vida», la mayor parte de nuestros recursos, y creando un control público de nuestra vida (Hunter, 1987, pág. 30).

Estos procesos de distanciamiento ideológico permiten que sentimientos antinegros y antifeministas ya no parezcan racistas y machistas, por estar tan estrechamente ligados a otras cuestiones. Una vez más, recurriremos al Allen Hunter (1987).

La retórica racial va unida a sentimientos contrarios al Estado de bienestar y encaja en el impulso hacia el individualismo económico: así, muchos votantes que afirman que no tienen prejuicios (y que quizá no los tengan en algunos aspectos) se oponen al gasto en bienestar por considerarlo injusto. La retórica antifeminista se articula en torno a la defensa de la familia, de la moralidad tradicional y del fundamentalismo religioso (página 33).

Todos estos elementos pueden integrarse mediante la formación de coaliciones ideológicas que permiten a muchos americanos que se sienten amenazados volverse contra grupos de personas que son menos poderosas que ellos. Al mismo tiempo, les permiten «atacar el predominio de las élites estatistas liberales» (Hunter, 1987, página 34).

Esta capacidad para identificar una serie de «otros» como enemigos, como la fuente de los problemas, es muy significativa. Uno de los principales elementos de

esta formación ideológica ha sido ciertamente la idea de que las élites liberales del Estado «se entrometían en la vida familiar, trataban de imponer sus valores». Con ello se causaban graves daños en los valores morales y en la familia tradicional. Gran parte de las críticas conservadoras contra los libros de texto y contra los currículos se basan en estos sentimientos, por ejemplo. Aun cuando tal posición exagera la incidencia de la «élite liberal» y desconoce el poder del capital y de otras clases dominantes (Hunter, 1987, página 21), hay en ella parte de verdad, la suficiente para que la derecha la utilice en sus intentos para dismantelar el acuerdo previo y construir el suyo propio.

Se alcanza así un nuevo acuerdo hegemónico. Este conjuga la actuación de las élites económicas y políticas dominantes en su intento de «modernizar» la economía, de los grupos blancos de la clase trabajadora y media preocupados por la seguridad, la familia y los conocimientos y valores tradicionales, y de los conservadores en materia económica (Hunter, 1987, página 37). Acoge asimismo a una fracción de la nueva clase media cuyo progreso depende de la ampliación del uso de los procedimientos de «rendición de cuentas», de eficiencia y de gestión que constituyen su propio capital cultural. (Véase Apple, 1986 a; 1986 b.) Esta coalición ha logrado en parte alterar el verdadero significado del objetivo social de igualdad. El ciudadano, como consumidor «libre» ha reemplazado al ciudadano encuadrado en unas relaciones de dominio generadas estructuralmente. Así, el bien común ha de ser regulado tan sólo por las leyes del mercado, la libre competencia, la propiedad privada y la rentabilidad. En esencia, las definiciones de libertad e igualdad ya no son democráticas, sino *comerciales* (Hall, 1986, páginas 35-36). Así se advierte en particular en las propuestas del sistema de «ticket» como la «solución» para unas relaciones masivas e históricamente enraizadas de desigualdad económica y cultural.

#### ¿TENDRA EXITO LA DERECHA?

Hasta aquí hemos esbozado a grandes rasgos muchas de las razones políticas, económicas e ideológicas por las que se desintegró lentamente el consenso social democrático que había llevado a una ampliación limitada de los derechos de la persona en los campos de la educación, la política y la economía. Al mismo tiempo, hemos documentado cómo se está formando un nuevo «bloque hegemónico» en torno a tácticas y principios de la nueva derecha. Ahora se plantea la cuestión: ¿Durará mucho este acuerdo? ¿Será capaz de inscribir sus principios en el mismo corazón de la política norteamericana?

Hay obstáculos muy reales que se oponen a la consolidación total del programa de la nueva derecha política. En primer lugar, se ha producido una especie de «gran transformación», por ejemplo, de las identidades raciales. Omi y Winant (1986) la describen de la manera siguiente:

La forja de nuevas identidades raciales colectivas durante los años cincuenta y sesenta ha constituido el legado duradero de los movimientos de las minorías raciales. Hoy, cuando se retrocede en los avances logrados en el pasado y la mayoría de las organizaciones se muestra incapaz de reunir un gran electorado en las comuni-

dades raciales minoritarias, la persistencia de las nuevas identidades raciales desarrolladas durante ese período se presenta como el único obstáculo verdaderamente formidable a la consolidación de un orden racial nuevamente represivo (pág. 165).

Así, aun cuando los movimientos sociales y las coaliciones políticas están escindidos, aun cuando sus líderes son cooptados, reprimidos y a veces asesinados, han adquirido carta de naturaleza el subjetivismo racial y la consciencia propia que desarrollaron esos movimientos. «Ningún nivel de represión o de cooptación [puede] cambiar esto.» En palabras de Omi y Winant, el genio ha escapado de la botella (Omi y Winant, 1986, página 166). La razón es que, en esencia, se ha creado una nueva clase de persona dentro de las comunidades minoritarias (8). Se ha forjado una nueva y más consciente identidad *colectiva*. Así, por ejemplo, en las luchas que en los últimos tres decenios han mantenido las personas de color para conseguir un mayor control de la educación y para que ésta responda más directamente a su propia cultura e historia colectivas, estas mismas personas han experimentado importantes transformaciones (véase también Hogan, 1982). Así

los movimientos sociales crean una identidad colectiva al ofrecer a sus afiliados una visión diferente de sí mismos y de su mundo; diferente respecto de la visión del mundo y de los conceptos de sí mismos ofrecidos por el orden social establecido. Lo hacen mediante el proceso de *rearticulación*, que genera una nueva subjetividad al servirse de información y de conocimientos ya presentes en la mente del sujeto. Toman elementos y tesis de su cultura y tradiciones y les infunden un nuevo sentido. (Omi y Winant, 1986, página 166).

Todo esto hace muy difícil que la derecha consiga incorporar las perspectivas de las personas de color bajo su paraguas ideológico y crea continuamente tendencias opositoras dentro de las comunidades negras y morenas. El lento pero constante crecimiento del poder de las personas de color en esas comunidades contrarresta la solidificación del nuevo acuerdo conservador.

Además, incluso dentro del nuevo bloque hegemónico, dentro de la coalición de la restauración conservadora, existen tensiones ideológicas que pueden afectar a su capacidad para mantener la primacía por un período largo. Esas tensiones son generadas en parte por la dinámica de clases dentro de la coalición. Los compromisos frágiles pueden romperse a causa de las ideas, a veces directamente contrarias, de los participantes en el nuevo acuerdo.

Así se advierte con dos de los grupos actuales comprometidos en el apoyo del acuerdo. Uno y otro pueden calificarse respectivamente de sistema o código ideológico «residual» y «emergente». La cultura y las ideologías residuales de la antigua clase media y de una porción ascendente de la clase trabajadora y media baja —con su insistencia en el control, en el rendimiento individual, en la «moralidad», etc.— se han fundido con el código emergente de una porción de la nueva clase media —progreso, técnica, eficiencia, avance burocrático, etc.— (Apple, 1986 a).

---

(8) Hablamos aquí de «nueva», pero también merece subrayarse la continuidad, por ejemplo, de las luchas negras por la libertad e igualdad. Véase un autorizado tratamiento de la historia de estas luchas en Harding (1981).

Estos códigos mantienen entre sí una relación inestable por naturaleza. La insistencia en la moralidad por parte de la nueva derecha no encaja necesariamente bien con la insistencia amoralista en el profesionalismo y en las normas económicas. La fusión de estos códigos sólo puede durar mientras no se bloqueen las trayectorias que permiten la movilidad. La economía debe garantizar puestos de trabajo y movilidad a la nueva clase media; en otro caso, peligrará la coalición. No hay seguridad, dada la naturaleza inestable de la economía y la clase de puestos de trabajo que se crean, de que se dé tal garantía (Apple, 1986 b; Carnoy, Shearer y Rumberger, 1984).

Esta tensión puede verse desde otra perspectiva, que indica que, a largo plazo, las probabilidades de pervivencia de la coalición ideológica no son necesariamente buenas. Bajo el nuevo acuerdo, más conservador, la actividad del Estado ha de fomentar tanto como sea posible las condiciones de acumulación de capital y de beneficio. El «libre mercado» debe quedar libre de trabas. Han de ajustarse a los principios privados del mercado tantos ámbitos como sea posible de la vida privada y pública, entre ellos la educación, la sanidad, la asistencia social, la vivienda, etc. No obstante, para generar beneficios, el capitalismo en conjunto exige, además, la subversión de valores tradicionales. La norma será la compra de bienes y las relaciones de mercado; habrán de dejarse de lado valores más antiguos de comunidad, de «conocimiento sagrado» y de moralidad. Esta dinámica contiene la semilla de posibles conflictos en el futuro entre los modernizadores económicos y los tradicionalistas culturales de la nueva derecha, que constituyen una parte significativa de la coalición construida (Apple, 1986 a) (9). Además, el individualismo competitivo que hoy se fomenta con tanto ardor en los movimientos de reforma educativa en Estados Unidos quizá no responda bien a las ideas, algo más colectivistas, de la clase trabajadora tradicional y de los grupos pobres.

Finalmente, existen movimientos contrahegemónicos en formación dentro de la misma educación. El antiguo acuerdo democrático-social acogía a muchos educadores, líderes sindicales, miembros de grupos minoritarios, etc. Hay señales de que la escisión de esta coalición puede ser sólo temporal. Tomemos a los profesores, por ejemplo. Aun cuando sus sueldos se han elevado en todo el país, este aumento se ha visto contrarrestado por un rápido aumento del control externo de su trabajo, por una racionalización y des-calificación de sus puestos de trabajo, y por la acusación, cada día más frecuente, de que tanto ellos como la educación en general son los principales causantes de los grandes males que aquejan a la economía (Apple, 1982; 1986 b). Muchos profesores han coordinado sus puntos de vista sobre estas cuestiones, de un modo que recuerda el caso del Boston Women's Teachers' Group (Grupo de Profesoras de Boston) (Freedman, Jackson y Boles, 1982). Además, hay signos en todo el país de la formación de coaliciones multirraciales, integradas por profesores de enseñanza primaria y secundaria, profesores universitarios y miembros de la comunidad, que tratan de actuar colectivamente sobre las condiciones en que trabaja el profesorado y para apoyar la democratización del currículo y de la enseñanza y una nueva atención a la igualdad de las

---

(9) Véase en Levine (1984) un extenso análisis de la lógica del capitalismo, en el que se le compara con otras tradiciones políticas y económicas.

oportunidades de acceso y a los resultados de la escolarización. La Public Education Information Network (Red de Información sobre Educación Pública), con sede en St. Louis, y el grupo Rethinking Schools (Reconsideración de la Enseñanza), con sede en Milwaukee, son ejemplos de ello (Apple, 1986 b; véase también Bastian, Fruchter, Gittel, Greer y Haskins, 1986, y Livingstone, 1987).

En realidad, corremos el peligro de olvidar los decenios de duro trabajo que fueron precisos para conseguir una visión limitada de la igualdad en los programas sociales y educativos y de olvidar asimismo la realidad de las condiciones opresivas en que actúan muchos de nuestros compatriotas norteamericanos. La tarea de mantener viva en la mente de todos la memoria colectiva de la lucha por la igualdad, por los derechos de la persona en *todas* las instituciones de nuestra sociedad, es una de las más significativas que puedan realizar los educadores. En una época de restauración conservadora, no podemos permitirnos prescindir de ella. Exige una renovada atención a importantes cuestiones relacionadas con el currículo. ¿Qué conocimientos se enseñan? ¿Por qué se enseñan de este modo particular a este grupo concreto? ¿Qué hacemos para que la historia y la cultura de la mayoría del pueblo trabajador, de las mujeres, de la gente de color (obviamente, también en este caso estos grupos son mutuamente excluyentes) se enseñen de manera responsable y perceptible en las escuelas? Dado que la memoria colectiva que *actualmente* se conserva en nuestras instituciones educativas acusa la fuerte influencia de los grupos dominantes en la sociedad (Apple, 1979), los esfuerzos continuados para promover unos currículos y una enseñanza más democráticos son ahora más importantes que nunca. Debiera ser claro que el movimiento hacia un populismo autoritario aumentará su legitimidad si los valores incorporados a la restauración conservadora se ponen a disposición de todos en nuestras instituciones públicas. El reconocimiento generalizado de que ha habido, hay y puede haber modos más iguales de vida económica, política y cultural sólo se logrará mediante la organización de los esfuerzos dirigidos a enseñar y expandir este sentimiento de diferencia. Evidentemente, queda tarea educativa por hacer.

## REFERENCIAS

- ANDERSON, M. (1985). *Teachers Unions and Industrial Politics*. Tesis doctoral inédita. School of Behavioral Sciences, Macquarie University, Sydney.
- APPLE, M. W. (1979). *Ideology and Curriculum*. Boston, Routledge and Kegan Paul. (*Ideología y Currículum*, Madrid, Akal, 1986.)
- (1982). *Education and Power*. Boston, Routledge and Kegan Paul (*Educación y Poder*. Barcelona, Paidós / MEC, 1987).
- (1986a). «National reports and the construction of inequality». *British Journal of Sociology of Education*, 7, pp. 171-190.
- (1986b). *Teachers and Texts: A Political Economy of Class and Gender Relations in Education*. New York, Routledge and Kegan Paul.
- APPLE, M. W. (1988). Facing the complexity of power: For a parallelist position in critical educational studies. En Cole, M. (Ed.). *Rethinking Bowles and Gintis*. Philadelphia, Falmer Press.
- BASTIAN, A., FRUCHTER, N., GITTELL, M., GREER, C. y HASKINS, K. (1986). *Choosing Equality: The Case for Democratic Schooling*. Philadelphia, Temple University Press.

- BOWLES, S. (1982). «The post-keynesian capital labor stalemate». *Socialist Review*, 65, pp. 45-72.
- BOWLES, S. y GINTIS, H. (1986). *Democracy and Capitalism*. New York, Basic Books.
- BURNHAM, W. (1983). «Post-conservative America». *Socialist Review*, 72, pp. 123-132.
- CARNOY, M., SHEARER, D. y RUMBERGER, R. (1984). *A New Social Contract*. New York, Harper and Row.
- CLARK, D. y ASTUTO, T. (1986). «The significance and permanence of changes in federal education policy». *Educational Researcher*, 15, 8, pp. 4-13.
- FREEDMAN, S., JACKSON, J. y BOLES, K. (1982). *The effects of the institutional structure of schools on teachers*. Somerville, MA, Boston Women's Teachers' Group.
- GINTIS, H. (1980). «Communication and politics». *Socialist Review*, 10, 2/3, pp. 182-232.
- GIROUX, H. (1984). «Public philosophy and the crisis in education». *Harvard Educational Review*, 54, pp. 186-194.
- HALL, S. (1980). «Popular-democratic vs. authoritarian populism: Two ways of taking democracy seriously». En A. Hunt (Ed.) *Marxism and Democracy*. London, Lawrence and Wishart, pp. 157-185.
- (1983). «The great moving right show». En Hall, S. y Jacques, M. (Ed.), *The Politics of Thatcherism*. London: Lawrence and Wishart, pp. 19-39.
- (1985). «Authoritarian populism: A reply». *New Left Review*, 151, pp. 115-124.
- (1986). «Popular culture and the state». En Bennett, T., Mercer, C. y Woollacott, J. (Eds.). *Popular Culture and Social Relations*. London, Open University Press, pp. 22-49.
- HALL, S. y JACQUES, M. (1983). «Introduction». En Hall, S. y Jacques, M. (Ed.). *The Politics of Thatcherism*. London, Lawrence and Wishart, pp. 9-16.
- HARDING, V. (1981). *There is a River: The Black Struggle for Freedom in the United States*. New York, Vintage Books.
- HOGAN, D. (1982). Education and class formation. In Apple, M. (Ed.). *Cultural and Economic Reproduction in Education*. Boston, Routledge and Kegan Paul, pp. 32-78.
- HUNTER, A. (1984). *Virtue With a Vengeance: The Pro-Family Politics of the New Right*. Tesis doctoral inédita, Department of Sociology, Brandeis University, Waltham.
- (1987). «The politics of resentment and the construction of middle America». Artículo inédito, American Institutions Program, Department of History, University of Wisconsin, Madison.
- JESSOP, B., BONNETT, K., BROMLEY, S. Y LING, T. (1984). «Authoritarian populism, two nations, and Thatcherism». *New Left Review*, 147, pp. 33-60.
- LARRAIN, J. (1983). *Marxism and Ideology*. Atlantic Highlands, Humanities Press.
- LEVINE, ANDREW. (1984). *Arguing for Socialism*. New York, Routledge and Kegan Paul.
- LIVINGSTONE, D. (Ed.). (1987). *Critical Pedagogy and Cultural Power*. South Hadley, Bergin and Garvey.
- OMI, M. y WINANT, H. (1986). *Racial Formation in the United States*. New York, Routledge and Kegan Paul.
- PIVEN, F. y CLOWARD, R. (1982). *The New Class War*. New York, Pantheon Books.
- RASKIN, M. (1986). *The Common Good*. New York, Routledge and Kegan Paul.